

Dossier

Las guerras frente a la crisis del orden colonial. Hispanoamérica.

“Hermanos Compañeros y Amigos de sus mismos contrarios”: las guerras de independencia en el Sur Andino 1805-1825¹

Natalia Sobrevilla Perea

Universidad de Kent, Reino Unido

El bicentenario que se viene celebrando desde hace algunos años y que sin duda se seguirá celebrando por más de una década, nos presta la oportunidad de visitar preguntas historiográficas recurrentes y de ensayar nuevas respuestas. Ya desde que estas efemérides se comenzaron a recordar, en el siglo diecinueve, las guerras de independencia fueron vistas como el nacimiento oficial de naciones, que se argüía habían existido en su forma actual desde tiempos inmemoriales. La historia sirvió a los nuevos estados para construir una idea de nación poniendo en relieve la lucha de pueblos oprimidos contra una metrópoli. En este sentido la guerra ha sido tradicionalmente uno de los temas que más interés ha despertado entre quienes han buscado desarrollar lo que se conoce como la ‘historia patria’ ya que durante la llamada ‘gesta libertaria’ aparecieron los héroes nacionales más importantes. Una de las principales críticas que se ha esgrimido ante esta historiografía nacionalista en las últimas décadas es que no se puede hablar de estos espacios en el periodo tardo-colonial, cuando comenzaron las guerras, como si se tratara de las naciones que existen hoy.² El otro problema que ha caracterizado a estos estudios sobre las guerras de independencia, una vez

¹ Basado en la ponencia presentada en las II Jornadas de Historia Política, Mendoza 17 abril 2010. Partes de este trabajo han aparecido en la introducción a la edición que preparo con Pablo Ortemberg del *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus Provincias desde que se me confirió en Lima por el Excelentísimo Señor Virrey Marques de la Concordia, el mando de General en Jefe de él, año 1813 a 1816*, o que aparecerá en el 2011 con editorial Bicentenario de Chile, ver Joaquín de la Pezuela, Todas las citas aquí consignadas son del manuscrito de la Biblioteca Meléndez Pelayo en Santander.

² Sobre este punto ver José Carlos Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político de la era de la independencia*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004.

más por su predilección por los héroes, es que se ha tendido a dar preferencia a conocer a quienes participaron en el bando que ha sido conceptualizado como patriota.³

Para poder realmente comprender un conflicto de esta envergadura es necesario hacer lo posible por abandonar las visiones ‘nacionalistas’ e intentar aproximarse a él desde todos los ángulos posibles, mirando el pasado dentro de su propia lógica y no desde las concepciones actuales de las naciones. Este trabajo busca entender la guerra de una manera más integral, concentrándose en la cercanía entre ambos bandos y poniendo el énfasis principal tanto en los diversos actores y las opciones que tenían abiertas. Se verá también como ambos ejércitos se compusieron de hombres de diversos niveles sociales y que existían más similitudes entre quienes peleaban por bandos distintos pero que pertenecían al mismo grupo social, que quienes podían estar del mismo lado pero venir socialmente de lugares diversos. Un ejemplo importante de esto se ve entre los mandos dirigentes, particularmente entre quienes habían nacido en América. El ejemplo clásico de esto es el de la amistad de larga data entre Manuel Belgrano y el comandante realista Pío Tristán, quien a pesar de haber nacido en Arequipa había conocido a Belgrano en la Península. Su grado de amistad era tan grande que en su correspondencia se trataban de tu, algo que a fines del siglo diecinueve era muy raro y denotaba un grado de intimidad muy profundo. Este tipo de cercanía se veía también en los mandos medios de ambos lados, entre los milicianos muchos de ellos ligados a sus ciudades de origen, dedicados en no pocas ocasiones a oficios de artesanos, pequeños comerciantes, mineros y agricultores. La cercanía social entre la tropa de ambos bandos es también extensa, y no era extraño que los soldados se vieran obligados a pelear por uno u otro bando ya que al ser hechos prisioneros se les incorporaba a algún batallón del ejército que los había capturado. El tema de la tropa es particularmente relevante ya que en los dos ejércitos lucharon afro-descendientes e indios, pero en este último caso la condición de ‘indio’ fue percibida de manera cambiante. Quien era un indio, en qué momento y según quien es un asunto que debe ser explorado con mucho más detalle ya que hasta ahora la mayoría de trabajos se refieren a los indios de manera genérica sin especificar que es lo que se entiende

³ Excepciones a esta regla son los trabajos de Brian R. Hamnett, “La política contrarrevolucionaria del virrey Abascal: Perú 1808-1816” en *Las guerras de independencia en la América española*. Marta Terán y José Antonio Serrano Ortega. Zamora: Colegio de Michoacán, 2002, pp. 183-192, y del mismo autor, *Revolución y contrarrevolución en México y Perú (1800-1824)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1979, Timothy E. Anna, *The Fall of the Royal Government in Peru*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1979 y los trabajos recientes de Víctor Peralta, *En defensa de la autoridad: política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal: Perú, 1806-1816*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, 2002, y *La independencia y la cultura política peruana (1808-1821)*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2010.

por indio y como esto puede variar, dependiendo de quién utilice esta categoría y de qué manera.

En su *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus Provincias*, el General Joaquín de la Pezuela describe el conflicto en el que se envuelto como uno librado entre ‘hermanos, compañeros y amigos’.⁴ A su entender se trataba de una guerra civil, una guerra entre pares. La historia como sabemos es usualmente la que se elabora por quienes vencieron en las contiendas, en este caso la historia ha sido escrita por quienes impusieron la independencia y crearon las nuevas naciones, que si bien recordaron que se trataron de guerras civiles su énfasis estuvo en comprender a quienes lucharon por la independencia. Para entender la guerra, sin embargo, se hace necesario prestar atención también a quienes buscaron conservar el dominio real y hacer inteligible las distintas motivaciones que los llevaron a perseguir esta causa. Al ver el conflicto desde este lado menos explorado se logrará una visión diferente de las guerras que sacudieron los Andes a comienzos del siglo diecinueve, y permitirá además generar una nueva lectura de las independencias y de los procesos de la formación de las naciones hispanoamericanas que están ligadas, sobre todo en América el Sur, unas a otras desde sus mismos orígenes.

A pesar de que para este trabajo la citada memoria del General Pezuela es una fuente privilegiada, para llevar a cabo esta investigación se ha utilizado además otras fuentes que van desde las memorias militares de los participantes, como las del General José María Paz, el Tambor José Santos Vargas, entre otras, hasta los epistolarios, muchos de los cuales han sido publicados. Esta información de primera mano se cruza con los partes oficiales producidos por ambos bandos, sermones dados durante las conmemoraciones por las victorias, así como las noticias que circularon en la prensa contemporánea desde el Río de la Plata al Perú y vice-versa. Cruzando la información, muchas veces contradictoria, y leyendo este material con nuevas preguntas será posible llegar a conocer la guerra de una manera más integral. El periodo cubierto será entre 1805 y 1825 y el espacio ira desde el sur del virreinato del Perú hasta el norte del virreinato del Río de la Plata, mientras que el epicentro de la acción se verá en el territorio de la Audiencia de Charcas.⁵

⁴ Pezuela, *Compendio de los sucesos*, f.74r.

⁵ Para entender la Audiencia de Charcas en el periodo tardo-colonial es indispensable el trabajo de Sergio Serulnikov, *Subverting Colonial Authority: Challenges to Spanish Rule in Eighteenth-Century Southern Andes* Durham NC: Duke University Press, 2003.

Actores en el conflicto

La guerra enfrentó a quienes se consideraban a sí mismos como iguales, a pesar de que la historiografía tradicional ha tendido a presentar el conflicto como uno entre peninsulares y criollos. La situación fue mucho más compleja. Los ejércitos fueron liderados por las elites locales y en el caso del sur del Perú estas elites eran casi en su totalidad criollas. El primer impulso para organizar el ejército en los Andes vino como reacción a la creación de una Junta que con el nombre de Tuitiva se organizó en La Paz para gobernar en nombre del rey cautivo. Esta seguía el patrón que se había visto en la Península donde surgieron una serie de Juntas que ante la *vacatio regis* tomaron el mando del gobierno y era la segunda que se establecía en esta jurisdicción después de la fugaz creación de una similar en la ciudad de La Plata, en mayo de 1809. Ambas fueron erigidas con una clara intención de separarse políticamente del Virreinato del Río de La Plata al que habían sido incorporados en 1776. Durante las invasiones inglesas al puerto de Buenos Aires en 1806 y 1807, las ciudades de Potosí y La Paz contribuyeron a la campaña contra los ingleses con 100,000 pesos cada una, mientras que Cochabamba y La Plata aportaron 50,000 cada una.⁶ Después de la victoria el cabildo de la ciudad de Oruro preparó unas faustosas fiestas para celebrar la victoria y en especial a Santiago Liniers, produciendo una lámina de oro y plata.⁷ Dos años más tarde cuando el virrey de Buenos Aires quiso institucionalizar unas contribuciones similares a las vistas durante este conflicto, los habitantes de la ciudad de La Paz reaccionaron de manera violenta y el 16 de julio coincidiendo con la fiesta de la Virgen del Carmen se levantaron bajo las órdenes del abogado mestizo Pedro Domingo Murillo. La Junta emitió una proclama llamando a la organización de un nuevo sistema de gobierno, y a pesar de que existen por lo menos cinco versiones de esta proclama que cambian de manera importante el significado de ésta, queda claro que la intención de la Junta era mejorar las condiciones económicas de la provincia de La Paz, además de la construcción de una alianza multiétnica que posibilitara la lucha.⁸ Se abolió la alcabala pero no el tributo indígena y a pesar de tomar el mando en

⁶ Jose Luis Roca, *1809: La revolución en la Audiencia de Charcas en Chuquisaca y en La Paz*, La Paz: Plural, 1998, p. 68.

⁷ *Gloria a la santísima trinidad honor al potentísimo siempre prospero augusto Carlos IV. En los portentosos triunfos del 12 de agosto de 1806 y de 5 de julio de 1807, contra las Armas Británicas, por energía del generoso invicto pueblo al mando del meritísimo General Don Santiago Liniers: a esfuerzos grandiosos del insigne magnifico cabildo de la Capital de Buenos-Ayres: en cuyo timbre consagra en este monumento la gratitud del Ayuntamiento de Oruro*. Reimpreso en Lima: Casa de los niños expósitos, 1808.

⁸ Roca, *1809: La revolución*, p. 68.

nombre del rey ausente se replantearon las relaciones tanto con la metrópoli así como con Buenos Aires. La reacción ante esta Junta fue inmediata y el virrey Fernando de Abascal ordenó desde Lima la formación de un ejército en el sur del Perú para que la combatiera.

El encargado de esta tarea fue el criollo arequipeño José Manuel de Goyeneche y Barreda que se encontraba en ese momento encargado interinamente de la Intendencia del Cuzco. Nacido en 1776, era hijo de un minero y terrateniente Navarro que tenía el cargo de Capitán de Milicias, y había sido alcalde de Arequipa. Su madre era una rica heredera criolla hija de un Mariscal de Campo con importantes tierras en la región.⁹ Educado en España donde se graduó de Doctor y abrazó la carrera militar fue enviado en junio de 1808 por el gobierno interino residente en Sevilla para comunicar los eventos ocurridos en la Península a los Virreinos del Río de la Plata y Perú. Habiendo aceptado llevar algunas cartas para las autoridades en Montevideo, Buenos Aires, y Chuquisaca de parte de la Infanta Carlota Joaquina que casada con el rey de Portugal había escapado el bloqueo de Napoleón y se había establecido en Río de Janeiro, Goyeneche tuvo que sobreponerse a las sospechas de las autoridades de todas estas ciudades que trabajaba de manera encubierta por el partido de los portugueses; una opción mal vista en estos territorios, debido a su larga historia de rivalidad entre las dos coronas en estos espacios. El rey Fernando y la Junta de Sevilla fueron aceptados como los legítimos mandatarios en todo el continente y Goyeneche continuó su viaje por los Andes, hasta recalar en el Cuzco, donde fue nombrado Intendente interino a la muerte del propietario. Al enterarse de los desarrollos en La Paz, Goyeneche rápidamente organizó la milicia aprovechando el aparato militar existente en el Cuzco desde la rebelión de Túpac Amaru.¹⁰ Marchó al Lago Titicaca y creó un ejército que sostuvo a los realistas en los Andes hasta 1824 y que formó en gran parte la base del que fue heredado por la república.

La organización de este ejército solo fue posible gracias al interés de los poderes regionales y locales que se encargaron de proveer hombres y recursos para su sostenimiento.¹¹ Los oficiales que reclutó Goyeneche eran, como él, parte de las elites locales. Se habían unido a las milicias de niños y habían completado su entrenamiento militar en la Península. El Virrey

⁹ Para un estudio hagiográfico ver Luís Herreros de Tejada, *El Teniente General D. José Manuel de Goyeneche primer conde de Guaquí*, Barcelona: Oliva de Villanueva, 1923, p. 43.

¹⁰ Sobre la rebelión de Túpac Amaru y los ejércitos andinos ver Leon G. Campell, "The Army of Peru and the Tupac Amaru Revolt, 1780-1783" *Hispanic American Historical Review*. 56:1 (1976): 31-57, 40-45.

¹¹ He reflexionado sobre el tema de las regiones en Natalia Sobrevilla Perea, "Ambiciones Regionales: el ejército del sur en la independencia del Perú (1809-1816)" *Los procesos de Independencia en la América Española*, 2008, Veracruz México.

ordenó que se enviaran doscientos hombres de Cuzco, Puno y Arequipa. Las elites en ésta última, alarmados por los eventos, además de ser convencidos realistas y de tener importantes intereses comerciales en el Alto Perú, decidieron en un cabildo abierto enviar a 1500 hombres pagados por suscripción voluntaria.¹² Debido a su posición social, a muchos de los hombres llamados por Goyeneche les era posible llevar sus propios hombres, ya que comandaban cuerpos de milicias. La importancia de los criollos del sur del Perú es clara si se considera que el único hombre nacido en Península con un rango importante en este ejército formado en 1809 fue el Coronel Juan Ramírez. Él había llegado para luchar contra Túpac Amaru en 1784 y se había quedado, haciendo toda su carrera militar en el Perú y era en ese momento Intendente de un pueblo de poca importancia en los andes centrales. El Virrey Fernando de Abascal, había estado buscando una mejor posición para él, así que lo nombró segundo al mando de la expedición, tal vez buscando cierto balance ante el poder de los criollos, de los que desconfiaba.

Así como la mayoría de los jefes provenían de Cuzco, Arequipa y Puno, el grueso de la tropa que componía estos cuerpos era también de las citadas provincias. En la mayoría de casos se trataba de miembros de las milicias urbanas o rurales, que se habían establecido durante la segunda parte del siglo dieciocho y que, a diferencia de los veteranos, no eran soldados a tiempo completo, sino que solo se juntaban a hacer ejercicios en fechas particulares, gozando del derecho a usar uniforme y del fuero militar cuando en servicio.¹³ Las milicias urbanas se formaban en su gran mayoría de artesanos y en menor medida de labradores, mientras que las milicias rurales se conformaron de indígenas. En otros trabajos me he extendido en la composición social de este tipo de cuerpos, basándome en el estudio de una revista de comisario llevada a cabo en Arequipa a fines del siglo XVII, que contiene muchos detalles sobre sus miembros, y que demuestra que en el caso de las milicias urbanas estaban compuestas principalmente por artesanos.¹⁴ La trascendencia del esfuerzo de Goyeneche en crear un ejército radicó en que hasta entonces las fuerzas armadas en los Andes no eran más

¹² Para un estudio clásico de estas campañas ver Fernando Díaz Venteo, *Las Campañas Militares del Virrey Abascal*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1948, p. 68.

¹³ Sobre las milicias coloniales ver Leon G. Campell, *The military and Society in Colonial Peru 1750-1810* Philadelphia: American Philosophical Society, 1978; Juan Marchena Fernandez, "The Social World of the Military in Peru and New Granada: The Colonial Oligarchies in Conflict, 1750-1810," en *Reform and insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, ed. John R. Fisher, Allan J. Kuethe, and Anthony McFarlane, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1990; y José Ragas, "El discreto encanto de la milicia. Ejército y sociedad en el Perú borbónico", en *El Virrey Amat y su tiempo*, ed. Carlos Pardo-Figueroa Thays and Joseph Dager Alva, Lima: PUCP-Instituto Riva Agüero, 2004.

¹⁴ Natalia Sobrevilla Perea, "Colored by the Past? The Birth of the Armed Forces in Republican Peru" en *Estudios Interdisciplinarios de America Latina y el Caribe*, Tel Aviv, en prensa.

que una colección de milicias disciplinadas compuestas de ciudadanos que vestían uniforme solo ocasionalmente, y un número muy reducido de tropas veteranas con soldados profesionales acantonadas en las ciudades principales.

Con este ejército formado con el apoyo de las provincias del sur del Perú, Goyeneche tomó la ciudad de La Paz el 25 de Octubre de 1809 y sin mucho esfuerzo destruyó a las milicias que habían sido organizadas para defender a la Junta Tuitiva por el peninsular Juan Antonio Álvarez de Arenales. Pacificada la provincia, la dejó a cargo de su primo, el arequipeño Domingo Tristán y Moscoso, y retornó al Cuzco. La calma sin embargo no duró mucho, ya que pocos meses más tarde, en mayo de 1810, se estableció en Buenos Aires una Junta de gobierno que comprendiese todos los territorios del Virreinato del Río de la Plata. Ya que parte de este territorio, el de la Audiencia de Charcas, se hallaba bajo el control del Virrey en Lima, después de su intervención el año anterior, se acordó enviar una expedición para regresarlo a su jurisdicción. Se puso en manos de Juan José Castelli, un abogado porteño que había estudiado derecho en la Universidad de Chuquisaca y que por ende conocía la situación en el Alto Perú.

La batalla de Suipacha en noviembre de 1810, así como los levantamientos a favor de los porteños en Cochabamba y Oruro le dieron rápidamente a Castelli el control del Alto Perú.¹⁵ Tristán, intendente de La Paz, dio su apoyo tácito de los rebeldes, mientras que Ramírez marchó de Potosí a Oruro con 1500 hombres en un intento de terminar con la rebelión. Los cochabambinos lo derrotaron y La Paz pasó al lado de los de la Junta de Buenos Aires, mientras que Goyeneche concentró a sus 4000 hombres a la altura del Río Desaguadero, la frontera natural entre el Alto y Bajo Perú. Fue desde allí que organizó la contra ofensiva realista concentrando sus tropas al borde del lago y entrenándolas de acuerdo a la estrategia militar que había conocido durante sus años en Europa: organizando batallones, cada uno con su comandante, su mayor, un auxiliar y tres oficiales por cada cien hombres.¹⁶ Con la excepción de los 600 soldados de descendencia africana que habían sido enviados desde Lima, sus tropas eran de origen andino y, para conseguir que se enlistaran más indios en sus fuerzas, dio a todos el que lo hiciera una excepción del pago del tributo.¹⁷

¹⁵ Un trabajo clásico sobre Castelli es el de Julio César Chávez, *Castelli, el adalid de mayo*, Buenos Aires: Leviatán, 1957.

¹⁶ Juan Manuel de Goyeneche, *Manifiesto dado en La Paz el 29 de enero de 1810*, Buenos Aires: Imprenta de los Niños Expósitos, 1810, p. 2

¹⁷ Ver Díaz Venteo, *Las Campañas Militares*, p. 72.

El tema del tributo fue muy importante en el contexto del reclutamiento al ejército puesto que la posibilidad de obtener una excepción al pago era un incentivo significativo para ciertos grupos que se enlistaran. En el Alto Perú, Castelli abolió el pago del tributo en Mayo de 1811 en una suntuosa ceremonia organizada en las ruinas de Tiawanaku para celebrar el primer aniversario del establecimiento de la Junta de Buenos Aires.¹⁸ La cuestión del tributo, sin embargo, no estuvo exenta de contradicciones y no se puede afirmar que todos los indios en los Andes buscaran simplemente su abolición. Como ha mostrado María Luisa Soux, en el Alto Perú la cuestión de qué era lo que se haría con el tributo era la que más preocupaba a los diversos grupos, que no estaban necesariamente contra el pago, sino más bien opuestos a no saber qué se haría con lo recaudado durante la ausencia del rey.¹⁹ Esto sigue la línea trazada por las investigaciones de Tristán Platt que ha descrito el tributo como un pacto entre las comunidades andinas y el rey.²⁰ Castelli comprobó que la abolición y muchas otras medidas no eran suficientes para conseguir el completo control sobre el espacio Alto Andino, y su ejército fue derrotado por Goyeneche en la batalla de Guaqui tan solo un mes después de estas fastuosas celebraciones. La batalla tuvo lugar el 20 de Junio de 1811 a las orillas del Lago, enfrentando a unas 4700 milicias del virreinato del Perú contra unos 5000 soldados de la Junta de Buenos Aires y unos estimados 13000 auxiliares Indígenas.²¹

Ésta fue una batalla en el estilo clásico, con tácticas de guerra al estilo europeo. Castelli intentó distraer a Goyeneche con parte de sus hombres atacando de frente, mientras que la mayoría de las tropas había cruzado el Desaguadero por un puente temporal buscando atacar por la retaguardia. Goyeneche reaccionó y, con toda la fuerza a su disposición, atacó de frente y, al momento en que un gran número de los auxiliares indígenas que tenía abandonaron el campo, logró vencer al enemigo que se desbandó.²² El debate de hasta qué punto se trató de una victoria técnica de Goyeneche o si fue debida más bien a los errores de Castelli y a lo poco confiable de sus fuerzas, está abierto. En todo caso los vencedores no

¹⁸ Detalles sobre esta ceremonia se pueden ver en el trabajo de Nuria Sala i Vila, "De Inca a indígena: cambio en la simbología del sol a principios del siglo XIX". *Allpanchis*, XXII (1990), núm. 35-36, p. 559-633.

¹⁹ María Luisa Soux, "Los discursos de Castelli y la sublevación indígena de 1810-1811" in *La Republica Peregrina: Hombres de armas y letras en América del Sur 1800-1884* Carmen Mc Evoy and Ana María Stiven eds. Lima: IEP, IFEA, 2007, p. 237.

²⁰ Ver. "The Andean experience of Bolivian liberalism: roots of rebellion in 19th century Chayanta (Bolivia)", *Rebellion, Resistance and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th-20th centuries*, ed. Steve Stern, Madison: University of Wisconsin Press, 1987.

²¹ Díaz Venteo, *Las Campañas Militares*, p. 89.

²² Goyeneche, *Manifiesto*, p. 3.

persiguieron a los vencidos y solo entraron a las ciudades principales de la Audiencia de Charcas después de que estas se pronunciaron a su favor, ya que todos los gobiernos municipales se habían declarado por la Junta de Buenos Aires. La primera ciudad en hacerlo fue La Paz donde aun se encontraba a cargo Domingo Tristán y la única que no lo hizo fue Cochabamba y en Agosto de 1811 se peleó una batalla para recuperarla.

Durante toda esta campaña las provincias de Cuzco, Arequipa y Puno se mantuvieron fieles al ejército de Goyeneche y su utilización de las redes locales de poder fue impecable. La propaganda de Castelli sin embargo fue penetrando en el territorio peruano y sus proclamas resultaron tan convincentes en territorios de los andes centrales que en buena medida la rebelión de Huánuco se forjó con la esperanza de que el rey Castel llegara a darles apoyo.²³ La rebelión de Tacna de 1811 también respondió a la influencia estas comunicaciones con los enviados del Río de la Plata y se gestó para dar apoyo para que las fuerzas de la Junta pudieran llegar hasta el Pacífico por medio del puerto de Arica y de esa forma alcanzar Lima con mayor facilidad. El levantamiento respondía además a la cercanía entre los habitantes de la ciudad de Tacna con los de La Paz, ya que era desde donde se movilizaba todo el comercio arriero encargado del tráfico desde el altiplano hasta la costa. La tragedia de este movimiento, sin embargo, fue que estalló en el momento mismo en que Goyeneche derrotaba a Castelli en Guaqui.²⁴

Mientras el ejército de Goyeneche tomaba control sobre Potosí y seguía avanzando hacia el este del Altiplano, un levantamiento indígena estalló en La Paz. Para combatirlo, el virrey Abascal envió desde el Cuzco y Puno a los caciques indígenas Pumacagua y Choqueguanca que acudieron con 3000 y 1200 hombres respectivamente.²⁵ Estos caciques ya habían probado su fidelidad al rey durante el levantamiento de Túpac Amaru treinta años antes. La participación indígena en estas guerras fue primordial, no sólo en casos como los de estos caciques sino porque los indios formaron una parte substancial de todos los ejércitos que actuaron en la zona andina y el conocimiento de su modo de operar traía importantes

²³ Sobre esta rebelión ver Christine Huenefeldt, “Los Indios y la constitución de 1812” en *Allpanchis*, Num. 11-12, (1978), pp. 33-58, y en especial el trabajo de Joëlle Chasin “El rol de los alcaldes de indios en las insurrecciones andinas (Perú a inicios del siglo XIX), *Bulletin de l'Institut Française d'Etudes Andines*, (2008) 37 (1): 227-242.

²⁴ Sobre la influencia de Castelli en el Perú ver Natalia Sobrevilla Perea, “Entre proclamas, actas y una capitulación: la independencia peruana vista desde sus actos de fundación” ponencia presentada en el Coloquio: *Declarando Independencias*. México, 23 septiembre 2010.

²⁵ Fernando de Abascal y Sousa, *Memoria de Gobierno*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1948.

ventajas. Goyeneche, por ejemplo, decidió no atacar hasta junio, ya que tal como había anticipado los indios de Cochabamba desertaron en masa porque era el tiempo de cosecha.²⁶ Una vez que se restableció el control sobre toda la jurisdicción de la Audiencia de Charcas, el cuartel general se organizó en Potosí, donde se le dio un faustoso recibimiento a Goyeneche²⁷, y un destacamento de avanzada a cargo de Pío de Tristán (el hermano de Domingo) avanzó por los valles andinos hasta la ciudades de Salta y Tucumán, en el actual territorio argentino.

La correspondencia entre Tristán y Goyeneche muestra que mientras avanzaba por los valles cada vez más bajos, aumentaba su temor de estar quedando muy expuesto, y continuamente pedía refuerzos para consolidar sus posiciones. A pesar de estos pedidos, el virrey no mandó más tropas de apoyo ya que el ejército de la costa había sido enviado a Chile para luchar contra la Junta que había sido establecida allí y porque los cabildos constitucionales en las ciudades del sur ya no tenían interés en apoyar una guerra que se alejaba cada vez más del espacio donde tenían intereses económicos directos. Tras la derrota de Castelli en Guaqui el ejército de la Junta de las Provincias Unidas fue puesto en manos de Manuel Belgrano – un criollo porteño que también había estudiado en la península – quien decidió su repliegue para ponerlo fuera del alcance del enemigo, usando la antigua táctica de guerra de sacar al contrario de sus posiciones más seguras y cómodas para atacar en una situación que le fuera menos favorable. Tristán fue cercado en la ciudad de Tucumán y vencido en la batalla más sangrienta de todas las campañas, con más de 150 muertos y 462 prisioneros y desaparecidos.

A pesar de esta importante derrota, Tristán logró escapar a la ciudad de Salta, donde una vez más fue vencido, y la única forma en que pudo mantener su vida y la de sus hombres fue firmando en febrero de 1813 una capitulación donde se comprometía a no volver a tomar las armas contra los ejércitos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, así como a entregar a los hombres que habían sido hechos prisioneros durante la campaña. La capitulación de Salta es un momento sumamente interesante donde se ve claramente que la guerra no enfrentaba necesariamente a ‘peninsulares’ contra ‘criollos’, sino mas bien a ‘hermanos, compañeros y amigos’. Pío Tristán y Manuel Belgrano habían sido compañeros de estudios y mantenían un

²⁶ Díaz Venteo, *Las Campañas Militares*, p. 92.

²⁷ Ver *Fiestas Triunfales que consagró el 2 de Agosto de 1812 la fielísima Imperial Villa de Potosí al invicto General Americano el Sr. Mariscal de Campo Don José Manuel de Goyeneche. Las dirige y dedica al público el coronel del ejército D. Mariano Campero de Ugarte, Gobernador e intendente de la Provincia de Potosí*. Lima: Imprenta de los Niños Expósitos, 1812.

grado de amistad tan grande que en sus cartas se trataban de tu, una práctica muy poco común a comienzos del siglo diecinueve para quienes no eran amigos de la infancia o juventud.²⁸ La capitulación le permitió a Tristán una salida con cierto honor, la primera cláusula decía que el ejército del Perú dejaría la Plaza de Salta con ‘todos los honores de guerra’, esto a pesar de haber sido completamente derrotados. En el segundo artículo juraban no volver a tomar las armas y se concedía a todos los soldados la posibilidad de volver a sus casas, con el compromiso de que se respetarían todas las ideas políticas, así como las propiedades, incluyendo tanto a los oficiales como a los vecinos.²⁹

A pesar de los buenos términos de la capitulación, Tristán escribió a Goyeneche una carta en francés advirtiéndole que el enemigo avanzaba sobre su posición, instándolo a abandonar Potosí.³⁰ El virrey Abascal por su parte consideró que la derrota de Tristán y el repliegue de Goyeneche como inequívocas muestras de su incapacidad y cobardía destituyéndolo a este último de su cargo. El criollo arequipeño se trasladó a Madrid de donde nunca más volvió. En la metrópoli logró restablecer su reputación y se le concedió el título de Conde de Guaqui en honor a su victoria de 1811. Su primo en cambio se mantuvo en el Perú, fiel a la corona y no fue hasta 1815 en que logró ser restituido a una posición de poder dentro de la administración virreinal, cuando fue nombrado presidente de la Audiencia del Cuzco, cargo que ocupó hasta la capitulación de Ayacucho en 1824.

La guerra en los Andes meridionales

Dominada por la búsqueda de los orígenes, la historiografía sobre la independencia en Argentina y Bolivia los ha encontrado en las guerras en el Alto Perú. En el Perú, en cambio, ha habido muy poco interés por entender la participación de las personas de las provincias del sur en estos conflictos y las guerras de independencia se suelen considerar como aquellas iniciadas en 1820 con el desembarco de José de San Martín en Pisco. Los textos de las Memorias del General Pezuela, así como el *Diario de José Santos Vargas* que narra los mismos acontecimientos desde la perspectiva opuesta, son fuentes privilegiadas para

²⁸ *Epistolario Belgraniano*, recopilación de María Teresa Piragino, Buenos Aires: Academia Nacional de Historia, 1970, p. 129.

²⁹ Capitulación de Salta reproducida en *la Aurora de Chile*, jueves 18 marzo 1813, no.10 tomo 2, pp. 1-3.

³⁰ José Manuel de Goyeneche, “Carta – Memoria del General José Manuel de Goyeneche al Rey Fernando VII, informándolo sobre las campañas de Tucumán y Salta – Marzo 30 1814” en *CDIP*, Vol. 26, No. 1, pp. 171-240.

comprender estos enfrentamientos. Este diario, que fue descubierto por el estudioso boliviano Gunnar Mendoza a mediados del siglo veinte, ha sido publicado en dos ocasiones.³¹ En el 2007 Marie Danielle Demélas publicó un estudio en torno a este texto donde resalta su importancia para entender la guerra de guerrillas. Con estas guerrillas se tuvo que enfrentar Pezuela, y en este *Compendio* el militar explica detalladamente cómo lo hizo. Queda claro además que los realistas consideraban a algunas de sus propias fuerzas como guerrillas. La guerra se dio entonces a niveles diferentes, por un lado, en campañas organizadas al estilo napoleónico, y por otro, con guerrillas similares a las vistas en la península durante la lucha contra los franceses.

La primera sección del diario de Pezuela da cuenta de lo sucedido antes de su llegada al Alto Perú y describe la manera en que una gran proporción de los 4800 hombres que estaban acantonados en Oruro comenzaron a desertar. Pezuela sostiene que la guerra había sido hecha de “mala gana”. Estaba convencido de que muchos de los que habían concurrido a la batalla de Guaqui lo habían hecho sin realmente quererlo (fls. 2r, 3) y que tras las derrotas, buena parte de los que se dio en llamar “juramentados” de Salta con la capitulación de febrero de 1813, así como los mismos paisanos, inducían a los soldados a desertar. No todos los que habían capitulado, sin embargo, estaban dispuestos a abandonar el ejército. Desde su arribo a Arica se le acercaron soldados y oficiales que a pesar de haber jurado no volver a tomar armas contra la Junta de Buenos Aires, querían volver a ser incorporados en las filas del ejército realista. A quienes realmente deseaban volver a servicio, Pezuela les dio la oportunidad, y con estos hombres organizó un batallón que con el nombre de “Partidarios” fue uno de los que luchó con más determinación durante la campaña (fl. 4r.)

Las apreciaciones de Pezuela ponen muy en claro que la mayoría de hombres que componía el ejército que heredó de Goyeneche eran indios. Sus anotaciones también muestran cómo desde este primer momento las mujeres que se conocerían como rabonas fueron de suma importancia:

No comían en rancho, ni era posible hacerlos á este uso; porque casi todos tenían sus mujeres ó mozas siempre al lado sin podérselas quitar, so pena de desertarse infaliblemente, y quedar disuelto el Ejército. Estas Mujeres Indias y Cholas, les guisaban a su usanza, Papa, Chuño y Maíz; ellas mismas buscaban esta comida, y la

³¹ Tambor Vargas, Gunnar Mendoza ed. *Diario de un soldado de la independencia altoperuana en los valles de Sicasia y Hayopaya 1816-1821*, Sucre, Bolivia: Universidad de San Francisco Xavier, 1952, reeditada por Plural en La Paz en 2008. José Santos Vargas, Gunnar Mendoza ed. *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1825*, México, D.F.: Siglo Veintiuno, 1982.

robaban siempre en los Pueblos de Indios cercanos, cuando el Ejército estaba parado, ó en aquellos por donde pasaban las Tropas, procurando ir siempre delante en las marchas para tener hecha la comida al Soldado en el punto de la jornada. El oficial enviaba á su Asistente en busca de lo que pudiese robar para comer; ó se lo traía la moza del Soldado que lo era también suya; (fl. 5v.)

Si bien los indios del sur del Perú servían en su ejército, según Pezuela los del Alto Perú “aborrecían al Soldado” a tal punto que “cuando cogían á algunos sueltos, los mataban á palos; en vano era persuadirlos y castigarlos: y en vano también persuadir a los Indios de Poblados á que trajesen víveres al Ejército [...] sin que bastase el ponerles la Plata delante, y rogarles el mismo General en persona que acudiesen con víveres”. (fl. 6r.) Pezuela pone en claro cómo “las armas del Reino” no eran dueñas más que del terreno que pisaban, puesto que los indios odiaban todo lo que era del rey. El General consideraba que no lo hacían por voluntad, sino como retribución, debido a que los porteños “los halagaban con la igualdad y libertad de Tributos.” (fl. 6r). A pesar de que como él mismo lo menciona en varias ocasiones en su diario – que su ejército estaba compuesto de indios, pensaba que estos no tenían preferencia entre uno u otro bando. Pezuela estaba convencido que en realidad eran “enemigos natos de todo el que no es de su casta” y encontraba que era imposible hallar un solo indio que les sirviera a ningún precio. Es por eso que su prioridad era retomar las provincias de Cochabamba, Charcas y Potosí, ya que mientras los enemigos las controlasen “tendrían acceso a todo lo que necesitaba, ya fuese “Plata, víveres, Vestuario y brazos.” (fl. 6r.)

Según Pezuela, los de Buenos Aires contaban con el apoyo de las tres cuartas partes de los habitantes de estas provincias, que “eran decididos por el sistema de ellos, y los ayudaban con extraordinaria voluntad.”(fl.7v.) Consideraba también que quienes les prestaban el mayor apoyo eran los curas y frailes, ya que tenían la capacidad de movilizar a sus feligreses desde los púlpitos, y hasta en los confesonarios. Pudo comprobarlo él mismo por el crucial apoyo que le brindó el cura realista de Coroma don Poveda. La participación de los religiosos fue sin duda importante, pero lo más probable es que no fuera el único motivo que llevó a las personas de estas provincias a apoyar a los porteños contra el ejército formado al sur del Perú, sino que este comportamiento obedecía más bien a diferencias de larga data entre las regiones andinas. Cochabamba, por ejemplo, competía con el Cuzco por la producción de muchos productos claves que se consumían en Potosí -como el maíz-, y era también la puerta de entrada de la coca, planta que también se traía del sur del Perú. Mientras que los

productores de Arequipa -incluidos los de aguardiente- no querían ser desplazados de ese mercado. Los soldados del sur del Perú provenían de regiones con profundos vínculos con Potosí por estar sujetos a la mita minera.

Un mes después de su llegada al Alto Perú, Pezuela situó sus fuerzas cerca de las lagunillas de Vilcapuquio, donde se preparó para el arribo de Belgrano. Posicionó su ejército de tal forma para no ser alcanzado, pero no contaba con que el Ejército Auxiliar del Norte que avanzaba invicto desde Salta tenía no solamente 7000 disciplinados, sino unos 2000 hombres más en una división de mestizos, indios y cholos. A pesar de las dificultades del terreno, la falta de mulas y de apoyo de la población local, el ejército del rey fue capaz de derrotar a una fuerza mucho mayor. Para lograrlo, Pezuela marchó y contramarchó, evitando que el enemigo fijara la posición de la batalla, mientras esperaba a unos 400 reclutas que llegaron de Azangaro. También esparció el rumor que las tropas de Buenos Aires no llegaban a 4000 y que por lo menos la mitad eran reclutas. Su pericia en el reconocimiento del mejor lugar donde dar batalla y su habilidad para sorprender al enemigo fueron dos de las razones principales para su triunfo. El uso de la artillería de una manera adecuada por el personal que él mismo había entrenado marcó la diferencia, asegurando la derrota del enemigo, al que sorprendió bajando con todo su ejército por una empinada cuesta.³²

La victoria de Vilcapuquio le aseguró a Pezuela el control del norte del territorio de la Audiencia de Charcas, pero al haber huido Belgrano con un número importante de efectivos y por hallarse muchos dispersos, el territorio sur, así como el este de la ciudad de Potosí, continuaron bajo control de los porteños. Pezuela era consciente de que era imperativo recapturar las provincias de Cochabamba, Charcas y Potosí porque en caso contrario sería imposible vencer al enemigo, debido a que “la mayor parte de los habitantes de ellas eran adictos en lo íntimo de su corazón a la independencia” (fl. 13r.). A pesar de esto, Pezuela siguió en procura del mejor lugar donde dar la batalla, y la importancia que le daba a la artillería era tan grande que, al no conseguir bestias de carga, le encargó a don Poveda el cura del pueblo de Coroma conseguir suficientes indios para que cargaran los cañones en sus espaldas; estos indios debían ser custodiados día y noche.

³² Pezuela era un experto artillero que había llegado a Lima en 1804 a establecer una fábrica de pólvora y que tenía experiencia de más de una década entrenando a artilleros. En 1811 había redactado un informe sobre la artillería en Lima, *Descripción de la fabrica de pólvora de Lima*, manuscrito Biblioteca Menéndez Pelayo Santander.

Si bien Pezuela afirma repetidamente, que los indios no eran adeptos naturales a la causa del rey, también reitera que dependía de los hombres de los Andes y que “tenía la felicidad de mandar soldados, cuyos connaturalización con aquel digidisimo [sic] temperamento suplían los repasos”. (f. 86v.) Anota como fueron estos mismos quienes en Viluma vencieron “a costa de las más duras fatigas y de las privaciones más dolorosas los grandes obstáculos”. Únicamente gracias a estos soldados andinos fue posible, en palabras de Pezuela, “resucitar a la obediencia legitima heredada de sus Abuelos.” (f. 93r.) Eran los hombres de estas latitudes quienes hacían posibles las campañas, acostumbrados como estaban a las dificultades del terreno, a las penurias del clima y a la falta de provisiones y Pezuela fue generoso a la hora de premiar sus esfuerzos, “a los dos Indios les concedí por su extraordinario servicio al Tío el grado de Capitán de Naturales y al Sobrino el de Alférez de los mismos, una medalla de distinción, y un uniforme para cada uno y finalmente dos reales diarios para todos los días de su vida.” (f. 125v.)

Como queda claro por las apreciaciones de Pezuela la participación de los indios en ambos bandos es innegable, así como es también evidente que su participación no fue siempre voluntaria. Es por ello que no resulta muy útil referirse a los indios de manera genérica como realistas o patriotas, categorías que en todo caso deben problematizarse. Así como los miembros de las elites y los indios se encontraban en ambos lados del conflicto, los soldados regulares de distintas extracciones étnicas y sociales también lo hicieron, y en muchos casos llegaron a servir a ambas causas en diferentes momentos debido a que los prisioneros pasaban a engrosar las filas del ejército victorioso, especialmente cuando aumentaba la desertión después de ganada la batalla.

Después de la victoria en Ayohuma, Pezuela comisionó al Mariscal del Campo don Francisco de Picoaga para que marchase al Cuzco y Puno con instrucciones escritas con el fin de que los gobiernos de dichas provincias recogieran a 2000 o 3000 hombres, entre los desertores. Para reemplazar las bajas que habían tenido y que no se debían tanto a muertos y heridos como a las deserciones. Estas eran masivas y obedecían, entre otras cuestiones, a que muchos de los hombres que habían luchado consideraban que una vez ganada una batalla se había acabado la guerra. Durante los tres días que siguieron a Ayohuma huyeron alrededor de 400 soldados (fl. 19r.) Pero la guerra no había terminado y era necesario poner guarniciones en las provincias recuperadas de Charcas, Cochabamba y Potosí, sobre todo en las dos primeras que en todo momento habían demostrado no estar contentas bajo la tutela de la Corona.

Pezuela escribió a los intendentes y gobernadores de Puno, Arequipa, Cuzco y Huamanga pidiendo hombres y recursos con qué mantenerlos. De La Paz requirió sólo recursos porque consideraba que la gente allí era “más Enemiga del Rey que los mismos de Buenos Aires.” (fl. 21v.) Buscó conseguir más hombres para su ejército estableciendo un Tribunal de Purificación, “para que juzgasen todos los delitos de infidencia” (fl. 21v.).

La espera a que reclutas llegaran de Cuzco y Puno fue inútil. Pezuela pensó que esto era porque los cabildos constitucionales no tenían interés en la guerra. La Constitución de Cádiz de 1812 – jurada en todo el territorio del virreinato – tuvo importantes consecuencias en el sur del Perú. En gran medida las provincias de Cuzco, Arequipa y Puno vieron en el establecimiento de estos cabildos una posibilidad para el desarrollo de sus provincias y la lucha política en estos espacios se concentró en tratar de asegurar que los cabildos los representaran de la mejor manera posible y que pusieran en práctica las innovaciones gaditanas. Esto estuvo unido a un renovado interés por sus propios negocios y a que el cansancio de sostener la guerra por casi cuatro años, llevó a que estas provincias dejaran de enviar tropas para apoyar al ejército que ya había sido victorioso y que ya no estaba dirigido exclusivamente por criollos.

Ante esta situación la única opción que se le presentaba a Pezuela era reclutar a granel e incorporar a los prisioneros a sus tropas. Al general no le entusiasmaba tener a hombres de los partidos de Chichas, Cinti y Tarija, puesto que la experiencia de Goyeneche le había enseñado que las personas de estas localidades no querían ser milicianos y aprovechaban toda oportunidad para desertar. Dada su situación tan comprometida, y con la esperanza de que una mayor disciplina y cuidado dieran mejores resultados, ordenó a los jueces sub-delegados que le enviaran 1000 hombres (fl. 23r.) de esas regiones. Sin embargo tal como lo había anticipado, la desertión fue generalizada, y ya durante la marcha se había perdido la mitad de efectivos. Fue entonces que formó dos batallones, uno de granaderos y otro de fusileros, con el nombre de Batallón del General. Estaba integrado por 200 veteranos (soldados profesionales) a quienes se les sumó la mayor parte de los prisioneros de Vilcapugio y Ayohuma, quienes desde sus depósitos de Oruro y Desaguadero le pedían “que los emplease de soldados en el ejército protestando con juramento la fidelidad al Rey.”(fl. 23v.) Fue así como se logró poner a los dos Batallones con 400 plazas cada uno.

Para atraer más hombres a su fuerza, Pezuela declaró un indulto general ya que muchos prófugos e infidentes temían al tribunal de purificación (fl. 23v.). Sus fuerzas alcanzaron el número de 4000 soldados, incluyendo 450 hombres a caballo y 200 artilleros. Su objetivo era marchar sobre Tucumán una vez que llegaran los reclutas que Picoaga había ido a buscar. Pezuela asegura que desde el principio tenía la impresión de que las provincias del sur del Perú buscaban que se alejara porque “podían viendo muy distante el Ejército poner en práctica sus intenciones de revolucionarse, como efectivamente lo ejecutaron.” (fl. 25v) En efecto, cuando había llegado hasta al río Pasaje, es decir entre Salta y Tucumán, estalló en el Cuzco una revolución. Sin tener noticias de esto, Pezuela siguió avanzando con la esperanza de retomar el norte de la actual Argentina.

Muchos de los hombres que se habían plegado a sus fuerzas desde los presidios en el Alto Perú se volvieron a cambiar de bando cuando llegaron a Jujuy, Salta, y Tucumán. Pezuela estaba convencido de que esto se debía a que las mujeres que había dejado Belgrano en la ciudad se dedicaban a seducir a sus hombres. Por supuesto que cabe preguntarse hasta que punto estos prisioneros que habían cambiado de bando estaban realmente convencidos de su nueva posición o si simplemente había sido una estrategia de supervivencia. Vemos entonces como no era solamente que hubo personas cercanas a unos y otros en ambos bandos, sino que en ocasiones las mismas personas podían pelear en cada uno de los lados dependiendo de las circunstancias. Cuanto control tenían los individuos del lado del que terminaban peleando está también en debate, aunque siempre era posible desertar para recuperar esa ‘agencia’. Pezuela se encontraba en un punto muy difícil de sostener, sobre todo al hacerse evidente que Montevideo caería y que Rondeau, que había reemplazado a Belgrano, recibiría un importante apoyo. Al recibir las noticias del levantamiento del Cuzco y ante la seguridad de que no llegarían los refuerzos de Cádiz, Pezuela se replegó al pueblo de Santiago de Cotagaitia, cerca de donde tres años antes los porteños habían triunfado en la batalla de Suipacha. Allí, atrapado entre fuerzas enemigas y sin comunicación directa con Lima, recibió las noticias de la paz lograda en Europa, la libertad de Fernando VII y la restauración.

Cuando estalló la rebelión del Cuzco la situación de enfrentamiento entre pares se intensificó aún más. La historiografía conoce este levantamiento como el de Pumacagua, en honor al cacique indígena que se unió a ella –a pesar de que no fue él quien lo comenzara. Este representó un viraje importante en la larga experiencia de apoyo a la Corona por parte del cacique que había luchado en contra de Tupac Amaru en 1780 y apoyado de manera

relevante a Goyeneche en 1811. Dedicando una vida entera a obtener cada vez mejores condiciones del gobierno imperial, llegó a ser nombrado intendente y luego presidente interino de la Audiencia del Cuzco, pero nunca fue realmente tratado como un igual, principalmente por las elites peninsulares de la ciudad que rechazaron este último nombramiento.³³ Fue por ello que se plegó al movimiento desencadenado por los hermanos Angulo que, según los estudios de Víctor Peralta, no pretendían la sedición sino una restitución patriótica de la justicia ante la muerte simbólica del rey durante su cautiverio.³⁴

Si bien el movimiento fue principalmente urbano y respondió a situaciones muy particulares dadas en la ciudad del Cuzco, Nuria Sala i Vila ha mostrado cómo los sectores indígenas se plegaron a la rebelión, haciéndola en poco tiempo muy exitosa.³⁵ Tan solo semanas después de haber comenzado, los rebeldes ya controlaban un área mayor que la que había estado en manos de la revolución de Túpac Amaru. Fue además, como lo muestra David Garrett, mucho más exitosa en conseguir el apoyo de los caciques que no se habían plegado a la rebelión de 1780 y que por el contrario la habían combatido, como es el caso de Pumacagua.³⁶ Scarlett O'Phelan y David Cahill han detallado la manera cómo Pumacagua se enfrentó a Tupac Amaru a quien consideraba un cacique ilegítimo; cómo en 1809 luchó contra la Junta de La Paz que proponía la abolición de los cacicazgos, y en 1811 contra la Junta porteña que tampoco tenía ningún interés en mantenerlos; y cómo en 1813, cuando se unió a los rebeldes, eran más bien los constitucionales gaditanos quienes buscaban abolirlos.³⁷

A pesar de ser un movimiento cuzqueño y de tener un amplio apoyo no sólo en la ciudad sino también en las provincias aledañas -justamente las que habían estado apoyando la guerra en el Alto Perú- los primeros en dejar sus posiciones de avanzada para ir a luchar contra el levantamiento fueron los batallones al mando del brigadier cuzqueño Francisco de Picoaga. Temiendo la reacción de las tropas de las provincias que se habían levantado, Pezuela ordenó

³³ Para un estudio clásico ver Jorge Cornejo Bouroncle, *Pumacahua. La revolución del Cuzco de 1814. Estudio Documentado*, (Cuzco, 1956).

³⁴ Víctor Peralta, "Elecciones, constitucionalismo y revolución en el Cuzco, 1809-1815", en Carlos Malamud (ed.) *Partidos políticos y elecciones en América Latina y la península ibérica, 1830-1930*, 2 vols. Madrid: Instituto Ortega y Gasset, 1995.

³⁵ Nuria Sala i Vila, *Y Se Armo el Tole Tole: Tributo Indígena y Movimientos Sociales en El Virreinato del Perú, 1784-1814*, Ayacucho: Instituto de Estudios Regionales José María Arguedas, 1996.

³⁶ David Garrett, *Shadows of Empire: The Indian Nobility of Cusco, 1750-1825*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005, pp. 250, 252.

³⁷ David Cahill y Scarlett O'Phelan, "Forging their own History: Indian Insurgency in the Southern Peruvian Sierra, 1815", *Bulletin of Latin American Research*, Vol. II, Num. 2, (1992), pp. 125-167.

a los intendentes “recoger toda la correspondencia del Cuzco y Puno para los Oficiales y Tropa del Ejército de mi mando” (fl. 23v.). Fue así que logró imponerse, y cuando algunas noticias llegaron a filtrarse, “les enteré yo mismo de todo lo sucedido, indicándoles la hermosa ocasión que se les presentaba de acreditar la más firme fidelidad al Rey, oponiéndose contra sus propios hogares.” (fl. 23v.).

Cómo última prueba de fidelidad, los cuzqueños exigieron se les permitiera ir a su provincia natal a terminar con la revolución, así tuvieran que luchar contra “sus mismos Padres, si infieles al Rey hubiesen tomado partido con ellos.” (f. 34v.) Los revolucionarios tenían la esperanza de avanzar sobre Lima y Arequipa, donde no había tropas para defender estas ciudades, y hasta Potosí, confiados de poseer el apoyo de los pueblos. En Puno, por ejemplo, el ejército del Cuzco entró sin oposición, más bien a instancias de su cabildo, como nos recuerda Pezuela, “entonces Constitucional”, el 29 de agosto, tan solo 26 días después del estallido de la revolución. Anota que fueron “400 hombres de armas y porción de Indios y Cholos que se le reunieron en la marcha de 80 leguas de una á otra Ciudad” (fl. 35r.). La situación del ejército leal a Pezuela en el territorio de la Audiencia de Charcas se hacía cada vez más precaria, debido a que, por un lado, estaban por llegar 5000 hombres de Montevideo dispuestos a apoyar a Rondeau, y por otro, las tropas revolucionarias habían llegado hasta La Paz, a lo que se le sumaba el hecho de que en las zonas bajas los caudillos reclutaban, según el General, a “Indios y Cholos que los esperaban con ansias.” (f. 38r.). Cercado y con enemigos por todos los frentes, el General se ocupó de mantener intangible su posición en Cochabamba, Oruro y Potosí, considerando las dificultades que habían tenido para retomar estos territorios.

Una junta de guerra celebrada en Lima le dio a Pezuela facultades para tomar cualquier medida que estimara conveniente con el fin de mantener las tropas del rey unidas y en buenas condiciones. El general se apoyó en

los Jefes, Oficiales y Tropas de las dos Provincias recién revolucionadas, que dieron las mayores pruebas “como va dicho” de la fidelidad y amor al Rey. Esta buena disposición en que procuré entusiasmarlos, la aflicción de los pacíficos leales habitantes de las Provincias; (f. 41v.)

Formó una compañía de veteranos con 200 infantes, 15 a caballo y un cañón para guardar Potosí, otra compañía igual para proteger la ciudad de los caudillos de los valles cercanos, así

como “cuatro Compañías de Españoles naturales de Chichas para que unidos á una Compañía veterana” (f. 42r.) lucharan contra el caudillo Camargo que se encontraba en Cinti. Todo esto gracias en gran medida al apoyo de una vanguardia liderada por el batallón Partidarios, conducido por Pedro Antonio de Olañeta. Este comerciante peninsular radicado en Salta desde su juventud y quien más tarde sería conocido despectivamente como “El contrabandista”, comenzó a destacar por su don de mando.³⁸

El manuscrito de Pezuela muestra la manera en que organizó la poca fuerza que tenía para resistir los embates de la rebelión iniciada en el Cuzco, la cual se extendía desde hacía meses desde Ayacucho hasta La Paz. El compendio narra cómo las tropas del rey fueron capaces de cercar a los porteños en el valle de Huamaguaca entre Tarija y Jujuy, mientras Padilla era detenido en las partes bajas del valle. Se desató entonces una guerra de opinión y se esparcieron rumores que Lima había caído, que el virrey había sido preso, e incluso que Pezuela había muerto. Según el General esto aumentó el apoyo a los caudillos ya que “estas inventivas produjeron tal efecto que hasta habitantes principales muy racionales y fieles llegaron á creerlas cuanto más la gente estúpida, y especialmente los Yndios; y se aumento en todos la esperanza de su independencia.” (f. 52r.) La situación se complicó más aún ya que algunos prisioneros le aseguraron a Pezuela que el gobierno de Buenos Aires había convencido a sus hombres de que el rey Fernando estaba en Lisboa “repudiado de la Nación, y dominando en España el partido de las Cortes”. (f. 55r) Uno de ellos pidió jurar su fidelidad al rey aduciendo que había sido engañado y que al haber leído él mismo las gacetas de Madrid se había desengañado. Quería ser canjeado para explicar la situación a Rondeau y lograr una suspensión de hostilidades. El cambio de prisioneros se dio y Rondeau liberó a la mujer de Olañeta y familia de Marquiegui, á quienes tenían presas por servir en el Ejército Real. Vemos una vez más la fluidez que se daba al pasar de un bando al otro.

A pesar de que Pezuela mantenía comunicación con Rondeau, esto no evitó que su situación se complicara a tal punto que debió evacuar Potosí y La Plata en abril de 1815, replegándose hasta Oruro. La estrategia de Pezuela era conservar intacta su fuerza, aun si tuviera que resignarse a controlar un área menor. Y fue así que lo hizo, asegurándose de tener abierta la comunicación con Lima por el puerto de Arica, pese a que tanto Tacna como Tarapacá se habían sumado a la insurrección. Allí esperó a Juan Ramírez, hasta que regresó de acabar con

³⁸ Para un estudio sobre los oficiales realistas que lucharon hasta el final ver Natalia Sobrevilla Perea, “Becoming *los Ayacuchos*: from Europe to America and back” *European Historical Quarter* en prensa.

la revuelta en las provincias del sur del Perú.³⁹ Su segundo que había salido del cuartel general en Suipacha en octubre, retomó La Paz en noviembre, aun si la ciudad estaba siendo defendida por lo que definía como un “número considerable de Indios armados con lanza y con honda.” (fl. 70r) Asustados ante la eficacia de Ramírez, los líderes de la rebelión situados en Puno desertaron y los representantes del cabildo recibieron al jefe con sumisión. El ejército del rey siguió con rumbo a Arequipa y el 10 de diciembre ya controlaba la ciudad, la cual se puso a cargo de Pío Tristán, quien había luchado contra la rebelión desde un inicio y que a diferencia de Picoaga no había sido atrapado o ajusticiado como sus pares, Picoaga y Moscoso en el Cuzco. Ante este avance, el jefe de las fuerzas en Moquegua se declaró a favor del gobierno del virrey.

Las poblaciones de las ciudades del sur cercanas a la costa habían tenido una participación de carácter bastante diverso. Mientras que el apoyo en la ciudad de Tacna comenzó, según las palabras de Pezuela, a “titubear una vez que entró Pumacagua a Arequipa, Arica se mantuvo incondicional apoyando a la corona.” (fl. 70v). Cabe destacar que este puerto era la principal conexión entre el Alto Perú y el mundo, debido a que todas sus mercaderías entraban y salían por allí. Durante las reformas borbónicas, la plata de Potosí se exportaba por Buenos Aires, mientras que el comercio regular se manejaba por Arica. Esto cobró aún más fuerza con la interrupción de comunicaciones con el Río de la Plata, a partir de 1810, y se mantuvo durante la primera mitad del siglo XIX. Es importante, sin embargo, insistir sobre las diferencias entre Tacna y Arica que no obstante estar una al lado de la otra actuaron de manera tan distinta. Tacna se alineó con los intereses de La Paz, a favor de Buenos Aires, mientras que Arica lo hizo con Potosí, a favor de la Corona. Cuando Ramírez terminó con los rebeldes en Arequipa, pudo descansar y visitar a su tropa en Arica, recibiendo el apoyo de los principales ciudadanos y desde allí salió en busca de Pumacagua en febrero de 1815. Lo venció con pocas dificultades, por más que el levantamiento había tenido el apoyo de “más de veinte mil hombres de todas clases (su mayor numero de Indios con honda, Flecha y Piedra) seiscientos Fusiles, y treinta y ocho Cañones” (fl. 71r). Ante el envío de su cabeza al Cuzco, afloró una contra-revolución en la ciudad imperial y los hermanos Angulo fueron apresados por los mismos cuzqueños, poco antes de la entrada triunfal de Ramírez a fines de mayo. Se enviaron algunas divisiones para perseguir a los indios dispersos. Estos fueron vencidos con las tropas

³⁹ Para la campaña de Ramírez ver Juan José Alcón, “Diario de la expedición del Mariscal de Campo Don Juan Ramírez, sobre las provincias interiores de La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco” in *CDIP*, Vol. 26, No. 1. pp. 391-432.

de apoyo, unos 300 de Arequipa y 400 de Chuquibamba, que terminaron con los últimos rezagos del levantamiento en las serranías de Arequipa, Cuzco y Puno.

Ramírez dejó a 500 hombres en el Cuzco y regresó al Alto Perú con 1300, entre soldados y reclutas. Pezuela remarcó cómo "... el 1er Regimiento compuesto todo de Cuzqueños que hizo la guerra á sus propios hogares con el mayor heroísmo, y en competencia con el Batallón del General que no tenía Soldados Cuzqueños, y que excedió al otro en no haberse desertado ninguno." (fl. 71v.) Al terminar la campaña, sin embargo, la mitad de los cuzqueños se quedaron en su provincia. Tras el arribo de Ramírez, Pezuela emprendió la ofensiva contra los porteños en julio de 1815. Sus fuerzas contaban no solo con hombres venidos del sur del Perú, principalmente del Cuzco y Arequipa, sino también con muchos miembros de las elites del Alto Perú e incluso los emigrados de ciudades del actual norte Argentino como Jujuy y Salta que apoyaban incondicionalmente a la corona y sumaban casi 500 hombres (fl. 77v).

A modo de conclusión

Las guerras por la independencia fueron sin duda guerras civiles, este es un hecho que nunca se ha dejado realmente de reconocer, ni en las más nacionalistas de las historias patrias. A pesar de ello se ha tendido en algunos casos a reducir los motivos de la guerra a un conflicto entre peninsulares y criollos cuando claramente fue mucho más complejo. Este trabajo se ha concentrado en mostrar cómo la guerra enfrentó a quienes se consideraban a sí mismos como 'hermanos, compañeros y amigos' y cómo el conflicto los llevó a bandos distintos, a veces sin mucho control sobre en que bando servían. La cercanía entre los dos 'enemigos' se veía en todos los niveles sociales y entre quienes mandaban era tan común como la que existía en las tropas mismas. Esto se ve en el caso de Belgrano y Tristán, así como en el de los soldados que se veían obligados a servir a ambos ejércitos cuando caían prisioneros. El enfrentamiento entre pares se hace particularmente evidente en el caso de la revolución del Cuzco en que son los mismos cuzqueños que combaten a otros cuzqueños durante la revolución.

De la misma manera queda muy claro como los indios participaron en ambos bandos y en una serie de capacidades muy diversa. A pesar de que Pezuela aseguraba en parte de sus memoria que los indios no servían al rey y que estaban todos en el bando de los llamados insurgentes,

queda muy claro gracias a su misma memoria que la Audiencia de Charcas no hubiera podido ser sostenida sin el apoyo incondicional de algunos de ellos, así como el de las provincias de Cuzco, Arequipa y Puno. El texto complejiza la guerra y muestra como en 1814 no todos los cuzqueños, arequipeños, puneños, moqueguanos y tacneños se plegaron a la revolución y nos brinda pistas de por qué falló. Leyendo a Pezuela también logramos comprender mejor los motivos por los cuales la guerra duró tanto en el Alto Perú ya que había apoyo para ambos bandos. La guerra, sin embargo, solo se puede comprender cabalmente al verse ambos lados, haciendo un esfuerzo por entender la gran variedad de las motivaciones de quienes en ellas participaron.

El explorar el conflicto desde diversas perspectivas hace posible complejizar el estudio de las guerras de independencia y de la misma manera hace que las narrativas nacionales de una identidad muy estable y anterior a los conflictos se problematiza. Los actores en estos conflictos se encontraron ante una serie de circunstancias que no podían cambiar. La situación en la península marcó las opciones abiertas en el horizonte 1808-1825, pero no se puede sostener que la desintegración del Imperio Hispánico se debió únicamente a lo que sucedió al otro lado del atlántico. En el altiplano estaban en juego una serie de intereses encontrados que se enfrentaron de manera muy directa una vez que la estructura imperial colapsó en 1808. Los intereses de Buenos Aires, los de las ciudades principales de la Audiencia de Charcas, así como los de las ciudades del sur del Perú y la misma Lima, eran muy diferentes y se encontraban en relación directa con la manera como cada uno de estos espacios fue afectado por las reformas borbónicas. Las guerras se desencadenaron en ese contexto entre ‘hermanos, compañeros y amigos’ que tenían intereses muchas veces encontrados y que buscaron en estas guerras conseguir lo que consideraban les traería mayores réditos. En algunos casos se trató también una actuación de convicción, ya sea por la defensa de lo que se consideraban los intereses del rey o los de la localidad, y en otros los grupos subalternos tuvieron una serie de opciones limitadas que podían incluir servir en ambos bandos.